

¿Dónde está el centro?

En un país de nómadas

Eugenio Mateo

El autor señala cómo la especulación dirige la orientación del nomadismo urbano, convirtiéndonos en refugiados o centro-residentes, en nativos o meros visitantes. Solo cabemos todos en el centro comercial.



Rondó de alternativas (Eugenio Mateo)

Vivimos en un país de nómadas. Hasta no hace demasiado, los pueblos se fueron vaciando y sus moradores emprendieron su particular cruce del Mar Rojo tras la tierra de promisión. Crecieron, así, las viejas ciudades, convertidas en imán de buscadores de quimeras que pronto descubrieron que el centro estaba ocupado. Ese mismo centro se hizo metrópolis tras miles de fachadas y el supervivir se convirtió en vivir entre la generalidad de los barrios, y en la misma proporción que estos crecían se hacía el centro más céntrico, en un *statu quo* que amenazó con engullir la periferia en un ademán de soberbia y quiso

perpetuarse en un suceder de planes y de planos, olvidados casi los tiempos de penuria. El propio transcurrir trajo el progreso y, con él, el consumo y la secular especulación. Insatisfecha con sus dimensiones, la ciudad tuvo envidia de París y miró al horizonte convencida de que allí estaba su futuro. Había que poner de moda un nuevo nomadeo y la estrategia inmobiliaria tiró la casa por la ventana para llevarse de nuevo a los habitantes del centro a los estériles eriales de los alrededores, desde los que, al pasear al perro los domingos entre la desolación del cierzo, echaban de menos lo céntrico sin atreverse a declararlo.

“ La estrategia inmobiliaria tiró la casa por la ventana para llevarse de nuevo a los habitantes del centro a los estériles eriales de los alrededores. ”

Una vida natural como la vida misma que duró lo que dura una burbuja y que ahora algunos de los que lo intentaron se consuelan con el tranvía. Con la gran burbuja que se llevó por delante tantas fábulas volvió la atracción por el centro como refugio y en los refugios se

cobijaron también los desahuciados, nuevos nómadas bíblicos, y muchos que otra vez huían del hambre, aunque de lugares mucho más lejanos, también llegaron al centro para quedarse. Por ende, el poder siguió siendo vecino. Una visión centrípeta de un país centrífugo.

“ Con la gran burbuja que se llevó por delante tantas fábulas volvió la atracción por el centro como refugio. ”

El centro es el mejor lugar para observar. Así, da la sensación de que todos los centros de todas las ciudades europeas, salvo por su urbanismo capital, se parecen. También permite atisbar una descarada tendencia a la uniformidad en las costumbres; en cualquier caso, emergen pruebas de la interconexión de los centros en uno solo, global, centralizador, centralista. El centro gusta al capital y a los que lo representan; gusta al ciudadano porque parece como estar en el salón de casa; gusta a los foranos, que curiosamente tienen un estricto sentido sobre sus límites hipotéticos. Gusta a todos, incluso a los arrabales, porque ellos no quieren sentirse lejos del todo.

El centro es un territorio neutral en el que la prisa se cambia de chaqueta cuando conviene. En él se juega al *Monopoly*, se practica el *top manta*, se toma vermut o se deambula. Es versátil porque se ajusta a sus protagonistas, pero frágil porque en su crecimiento anida la pérdida de identidad. En su descargo, la capacidad de perpetuarse en cada cambio. Con la tradición convive, pero también con la modernidad, y en ese triángulo la vida va pasando al hilo de los vaivenes.

Se usa mucho el concepto centro como reclamo. Por ellos, el centro no tendría fin, pero

está ocurriendo que el centro se desplaza, incluso se desdobra en varias ubicaciones, y va a resultar que los reclamos funcionan pues la gente circula alegremente traspasando las leyes de la física que dicen que centro no hay más que uno. Realmente no se denominan a sí mismos como centro sino como centros comerciales, pero todos usan el reclamo de centrar para hacernos gravitar en su atmósfera. Hay que reconocer que al centro, el del sentido de siempre, le ha salido mucha competencia. Quizá porque todo está estudiado. Las mareas migratorias, aunque en este caso circunscritas al ámbito ciudadano habitual, deben ser atraídas en aplicación de las reglas del libre mercado. Si antes decíamos que todos los centros se parecían, no digamos los centros comerciales, clónicos artefactos del consumo repartidos por todo el orbe. Es en esta guerra estratégica cuando emerge como arma el concepto geográfico. Ese que posee el centro que concentra, porque la geografía siempre ha estado muy ligada con la economía. Se impone el valor de las cosas y, sin embargo, el centro contiene el encanto de la atracción, que puede ser gratis, como el encanto de las páginas de *Viaje al centro de la tierra*, que bien podrían ilustrar una nueva versión de «Viaje al Centro» —*allí donde confluyen todos los caminos, los rincones huyen del anonimato y el centro se adentra en las miradas, también en los saludos, con una bienvenida ecléctica y multidisciplinar, en mezclanza urbana de cosas y de casos en los que la vida se cobija*—.

“ Ahora el centro contrataca no para conquistar territorios, sino para recuperar clientes, pues lo conceptual a veces acaba en lo prosaico. ”

Aunque, como no hay enemigo pequeño, convendría estar alerta ante las nuevas tendencias que campan por sus respetos en los extrarradios. Un viaje centrífugo para una sensación centrípeta que acerca y aleja la realidad como un caleidoscopio.

En el centro los extremos se dan la mano. Hay un contraste abigarrado de viandantes por sus calles cuyas huellas son borradas por las cuadrillas de limpieza con mangueras pertinaces antes de salir el sol. Luce limpio, pero no es oro todo lo que reluce y en algunos callejones nunca llega el agua. Las palomas defecan a libre albedrío sobre las efigies del pasado y en algunos portales huele a gato. A pocos pasos repican campanas y el tráfico suena mullido. Es el centro un paso obligado para los que van y vienen; los que lo habitan dejan paso franco a las visitas. Un toma y daca posicional, renunciado ya el reducto defensivo en que se convirtió como esencia de sociedad estable. Ahora el centro contrataca no para conquistar territorios, sino para recuperar clientes, pues lo conceptual a veces acaba en lo prosaico. Final también que puede afectar a un centro que aspire a ser una referencia en la que quepan todos, porque, además de difícil, no es posible.